

Autoritarismo Desterrado

POR LORENZO MEYER

DESDE Mérida, y justamente el Día de la Raza, el secretario de la Contraloría General de la Federación, Francisco Rojas, nos ofreció una noticia fantástica: el nuevo gobierno no sólo ha puesto a buen recaudo al antiguo director de Pemex por corrupto así como a otros funcionarios menores, ¡sino que ha "desterrado" a uno de nuestros enemigos más serios: el autoritarismo! ¡Y se propone hacer lo mismo con la marginalidad! Esas fueron sus propias palabras. En poco tiempo caravanas de marginados, como la de los campesinos de Chiapas, serán cosa del pasado. Una tarea digna de Hércules ha sido llevada a cabo, modesta pero efectivamente, por nuestros nuevos gobernantes. De ser cierta tan increíble noticia, uno no se explica cómo este diario y otros no la pusieron a ocho columnas o en ediciones especiales, pues frente a tal suceso cosas como las reformas del cardenismo resultan "pecata minuta".

★

NUESTRO sistema político ha tenido un carácter autoritario por siglos y muchos habíamos desesperado ante la imposibilidad de erradicar una característica tan persistente como negativa de nuestra historia política. Pero ahora, sorprendentemente, y sin que nos diéramos cuenta, este arraigado mal ha sido enviado por la autoridad a otras latitudes... ¡ha sido desterrado! Enhorabuena.

Si ya no hay autoritarismo, eso significa que el gran poder presidencial, ese poder basado en poderes metaconstitucionales más que en los constitucionales, ha dejado de funcionar. Está muerto. Es de suponerse que de ahora en adelante, el partido oficial ya no será un mero apéndice de la Presidencia, sino que por sí y ante sí tomará todas sus decisiones, desde aquella sobre cual deberá ser su declaración de principios y su programa político, hasta las que se refieren a quiénes deberán ser sus candidatos a los puestos de elección popular. De aquí en adelante, será difícil ver gobernadores cuya principal cualidad es su amistad con el Presidente, como es ahora el caso, por ejemplo, de los nuevos gobernadores de Jalisco, Tabasco y el que lo será de Baja California.

Con el autoritarismo desterrado, las cámaras federales y locales recuperarán su autonomía largamente perdida; es decir, ahora podrán modificar e incluso oponerse a las iniciativas de ley del Ejecutivo. Ya no será necesario soportar el espectáculo de un torrente de leyes aprobadas por una mayoría oficial a velocidad de aleteo de mosca, como fue el caso de diciembre pasado. Es más, el partido mayoritario se podrá dividir en fracciones —como ocurre en muchos otros sistemas democráticos— cuando los intereses elitistas o populares representados por diputados y senadores así lo ameriten.

★

POR fin está cercano el día en que los estados de la federación ejerzan una soberanía que no han reclamado desde que Sonora se levantó en armas contra Carranza. Dentro de poco llegaremos a ver en manos de la oposición no unos cuantos municipios como ahora, sino gubernaturas quizá la Presidencia misma.

Se da por descontado que habiendo abandonado nuestras tierras el nefasto autoritarismo, tendremos por fin elecciones limpias y respetadas, que ya no se verán manchadas por la sombra de otros juchitanes o mexicalis.

¡Es emocionante pensar que voy a vivir algo que mis padres o mis abuelos no tuvieron la fortuna de experimentar o incluso de imaginar: un México democrático! ¡Y en chico rato, sin marginales! Lástima por mis antepasados.

Ahora bien, si todo lo anterior no ocurre, ello significará que el pícaro autoritarismo —lleno de mañas, por ser tan viejo— retornó a nosotros en cuanto el secretario terminó su discurso. En ese caso, sugiero que el señor secretario no se desaliente, que siga adelante con la tarea que originalmente se echó a cuestras y que no es poca cosa: disminuir la corrupción que por tanto tiempo ha caracterizado a nuestra vida pública. Esa es ya una tarea enorme y la ha estado haciendo bien. Lo que sí podría desterrar —y lo puede hacer de inmediato— es el lenguaje del político mexicano tradicional, un lenguaje básicamente falso por carecer de relación con la realidad. No le conviene, no le queda.